

Obituario

por Juan Ignacio Martínez Rodríguez

Juan Martínez Sanjosé.



Les hablo de mi padre, Juan Martínez Sanjosé, la persona que fundó Aural Centros Auditivos, empresa dedicada a la corrección de la hipoacusia a través de sus centros auditivos Aural, creados con una vocación eminentemente sanitaria. Él siempre basó su ejercicio como empresario en la profunda convicción de una actividad cuya transcendencia iba mucho más allá del puro negocio. Su vocación de empresario y emprendedor combinaba a partes iguales con su concepción de lo que debe ser un profesional de la sanidad, cultivando además aptitudes didácticas con proyectos de formación en tecnología electrónica y, más concretamente, en adaptación audioprotésica. Para él, dedicarse empresarialmente a la corrección auditiva iba ligado a la enorme

responsabilidad asociada a reconectar a las personas con sus vidas, devolviéndoles su capacidad de comunicación, aspectos íntimamente ligados al bienestar individual y social. De ahí la trascendencia de todo lo que proponía y sentido de la responsabilidad a la hora de llevarlo a cabo.

Podemos enumerar de forma resumida el bagaje profesional de mi padre en los siguientes términos. Fue un experto pionero en electrónica durante la adolescencia y juventud, creador de su primera empresa cuando tenía algo más de veinte años, ingeniero más tarde, siendo un pionero de la formación profesional en España, inicialmente en el campo de la electrónica, con la creación de la escuela de formación profesional de los jesuitas del Clot de Barcelona y, después, con los primeros estudios reglados que darían acceso a la capacitación profesional necesaria para ayudar a las personas a oír mejor, la de audioprotesista. Posteriormente, sería artífice de la regulación de un sector sanitario de gran trascendencia, que hasta entonces estaba desprotegido de la, a todas luces, perentoria responsabilidad de ejercicio empresarial y profesional. En aquel contexto, fue fundador, máximo impulsor y gran artífice, del gremio de audioprotesistas en España (ANA, Asociación Nacional de Audioprotesistas), que presidió durante dieciocho años. Más tarde, sería elegido presidente del órgano homónimo a nivel europeo (AEA, Asociación Europea de Audioprotesistas), al tiempo que fundaba e impulsaba su propio negocio, siendo el alma inspiradora de la compañía Aural Centros Auditivos, que pronto cumplirá su 60º aniversario, empresa de la que yo formo parte desde hace 37 años estando al frente de la misma los últimos 25 años.

Mi padre tuvo una infancia dura. Nació en el año 1942, durante los momentos más difíciles de la posguerra, padeciendo un defecto en la pierna que en principio era trivial. La medicina pública estaba diezmada por la guerra, por lo que escaseaban los profesionales titulares competentes y aquella leve alteración física se hizo irreversible a la postre. Este hecho, que a cualquier otra persona le hubiese marcado de por vida, a mi padre, lejos de amargarle, le hizo más fuerte. Él no pudo escolarizarse hasta una avanzada edad, ya que tenía que ir de hospital en hospital para recibir atención médica, pero ello no le impidió ser un nadador de élite en el Club Natación Barcelona y ser un virtuoso de la armónica, con la que viajó y participó en campeonatos de este instrumento con el Trío Montseny, constituido a principios de los años sesenta con sus amigos del alma, logrando ser campeones de España y Europa y cuartos del Mundo.

Mi padre fue un experto en electrónica desde muy joven y se ganó sus primeros dinerillos arreglando las teles y radios de los vecinos y familiares utilizando para

ello el altillo de su casa de la calle Padilla. Fundó su primera empresa en la veintena en la habitación que le prestó su queridísima abuela María. Cuando se formó como ingeniero le llovieron tentadoras ofertas de trabajo en aquella renaciente industria española, pero él prefirió seguir su camino empresarial, planteado de una manera más humilde, pero a la vez independiente.

Conquistó a la chica más pretendida del centro cristiano del Clot que frecuentaba. Y ella le escogió a él. Sin duda alguna, iban a ser una pareja memorable. Coincidiendo con mi nacimiento y la responsabilidad de tener dos hijos, solicitó dar clases con la idea de llevar un jornal adicional a casa. Empezó alfabetizando a adultos en la escuela del Clot y luego enseñó electrónica para acabar fundando en los años setenta esta especialidad en aquella escuela politécnica. En 1983, fundó en el mismo centro la rama de Audioprótesis, convirtiéndose éste en escuela pionera de España y única del país durante veinte años.

Mi padre era de esas personas que te llevaban al colegio cogido fuertemente de la mano y con paso firme. “No hay que llegar tarde”, decía. Le reencontrábamos al mediodía para el almuerzo y, al final del día, cuando ya habíamos cenado, cuando regresaba de dar clases en la escuela. Un beso en la mejilla en torno a las diez de la noche, nunca faltaba, cuando él llegaba a casa. Los días que lo hacía pronto, se convertían en una fiesta. Y si al día siguiente teníamos que hacer un examen de mates, física o química, ahí que se ponía con nosotros. “Nunca dejes las cosas para el final”, nos decía, y a continuación afirmaba que “sin esfuerzo y dedicación, no esperes resultados de última hora”.

Mi padre, cuando éramos renacuajos, nos tiraba a la piscina con una sonrisa de oreja a oreja, y nos decía: “¡nada campeones!”. Eran otros tiempos, pero conseguíamos nadar mientras, él, desde el borde, nos miraba con orgullo y confianza. ¿Qué podíamos temer?. Mi padre, en las mañanas gélidas de los sábados, siempre me acompañaba a las carreras de la playa de La Marbella del Pueblo barcelonés preolímpico. No había muchos más padres por allí.

Él detestaba muy pocas cosas en esta vida: los fideos, las sopas (quizás le evocaban recuerdos hospitalarios), la simpleza de miras y la mezquindad en todas sus variadas formas y manifestaciones.

El legado que nos deja es muy grande ypreciado para mí. Recuerdo cómo me otorgó las riendas en la empresa que él mismo fundó cuando todavía se encontraba en la cincuentena y en su cénit profesional. Yo por entonces era director técnico con trece años de experiencia en la entidad. Confió plenamente en mí y, como suelo decir, me entregó las llaves de la empresa sin dudas ni titubeos. A partir de aquel momento, mostró un excepcional respeto

ante mis iniciativas y decisiones. Más que respeto, diría que mostraba una natural adhesión. Pero aquello no era una supeditación servil, sino que muy al contrario, en un gesto muy propio de él, de esta delegación emanaba su sentido de la coherencia y su intención de darme entrada en su empresa y así propiciar la sucesión familiar. Para él era lo correcto y así lo hacía. Él me dio las llaves, pero no e fue. Permaneció siempre a mi lado. Ambos nos situábamos en despachos contiguos, con una puerta que los comunicaba. Él en su despacho y yo en el mío, pero aquella puerta siempre permaneció abierta, dispuesta para compartir ideas y opiniones que fueron para mí un apoyo constante y fundamental para que alcanzara la madurez profesional.

Pero lo que más agradezco a mi padre es que nunca supeditara sus responsabilidades más importantes, las familiares, a la empresa o el trabajo. Él todo lo hacía compatible, lo cual siempre admiré pues no resultaba nada fácil. Cuando tuvo que ser padre, fue el mejor padre, así lo hizo también cuando le tocó ser abuelo. Y así, con todo lo demás.

No lo oculto, me siento un privilegiado y lo reconozco con gran cariño y orgullo. Fue padre, profesor y mentor.

Nunca le podremos devolver todo lo que nos ha dado. Tan solo podemos aspirar, y no es poco, a ser dignos de su inmenso legado.

Descansa en paz, Papá.